

ALFAGUARA



Auður Ava Ólafsdóttir

La excepción

Traducción de Elías Portela

No hay más que un paso entre el cuervo y mi marido y en el mismo instante en el que desenrolla el alambre de cobre y lo retira del cuello de la botella de champán, el pájaro extiende sus alas negras como la tinta y alza el vuelo desde la baranda del balcón para luego alejarse en la oscuridad ártica. Normalmente van los dos juntos —la pareja de cuervos—, pero esta vez sólo hay uno y se diría que tiene un aspecto extrañamente pesado, como un viejo avión de guerra. Sé que mi marido me está diciendo algo porque veo que mueve los labios, pero no oigo lo que dice: el ruido de los fuegos artificiales que se precipitan en llamas por el cielo es tal que tiene que repetir sus palabras. Me mira fijamente y por un momento parece que apuntase hacia mí con la botella, igual que con una pistola hacia su objetivo, luego se gira y dispara el corcho hacia el serbal del jardín. Sirve el rosado en dos copas y me entrega una, la mano le tiembla y su rostro se contrae como si fuese a romper a llorar. Tan sólo lleva puesta una camisa blanca, ahí fuera, a diez grados bajo cero, y se me ocurre que debe de tener frío. Aparto de mi lado la fuente de ternera guisada al vino tinto, levanto el borde del vestido verde botella que me llega hasta los zapatos y salgo con los brazos descubiertos al punzante frío. Los mellizos duermen dulcemente en sus cunas de barrotes en el piso de arriba. Horas antes, esta misma tarde, cada uno de ellos ha podido encender su bengala.

Entonces le pregunto al hombre de mi vida:

—¿Qué estabas diciendo sobre Flóki?

Creo que a lo mejor no he oído bien, porque en cada uno de los jardines y en cada uno de los balcones se

está librando la batalla final entre el año viejo y el año nuevo. Mi marido lo repite de nuevo y esta vez lo oigo con claridad.

—Perdona, pero lo amo. Tú serás la última mujer de mi vida.

Y me quedo de pie en la crujiente nieve con mis zapatos de tacón alto mientras llueven sobre mí explosiones multicolores e intento mantener el equilibrio a medida que el balcón se mueve como en pleno oleaje. Mi corazón enloquece, una bomba viva y ensangrentada, mientras intento concentrarme en el serbal y pregunto:

—¿Qué quieres decir con que lo amas? Creía que erais compañeros de trabajo.

—Sí, y también amantes.

—Pero llevamos casados once años.

Mi marido aparta los ojos y mira a la oscuridad.

—Tienes que haberte dado cuenta de esa necesidad... —dice.

—No, no sabía nada de nada.

—A veces me miras como si lo supieras. Uno nunca sabe lo que piensa una mujer.

—Pero si esta noche ha cenado con nosotros.

—Sí, esta noche ha cenado con nosotros.

Poco antes de la medianoche, de repente, este amigo soltero de la familia había recordado la promesa que le hizo a su madre de pasarse por su casa cuando fuese a entrar el año nuevo, así que había dado las gracias por la cena y se había marchado. Todavía nos quedaba por tomar el postre, el tiramisú que esperaba en una fuente sobre la mesa. Antes de despedirse, me había seguido hasta la cocina y, poniéndome la mano en el hombro, había cubierto de halagos mi osobuco y me había preguntado si la salsa llevaba hinojo fresco.

—¿Lleváis mucho tiempo con esta relación?

—En cierto modo, desde el 15 de abril del año pasado —responde.

No le pregunto qué sucedió el 15 de abril; en su lugar le pregunto por qué, para contarme la verdad, ha elegido la última noche del año, esta sutilísima división temporal a la que llamamos «fin de año» y que sería absolutamente invisible de no ser por nuestra tradición de inflarla y hacerla explotar en pedazos.

—Estuve pensando en decírtelo el verano pasado, pero no me pareció el momento adecuado —dice el especialista en la geometría del tiempo.

—Sin embargo, te parece que ahora sí es el momento adecuado, once minutos antes de las doce en fin de año —replico, y doy un sorbo al champán rosado.

—Sí —dice mi marido—, así los dos podemos comenzar, de un modo simbólico, con una nueva vida mañana jueves, el 1 de enero.

Se vuelve con la copa en la mano, posa el codo en la fría baranda de hierro y se queda con la mirada fija en algo en el jardín, con los brazos extendidos y la camisa recién planchada. Perla, nuestra vecina del semisótano, está de pie en la helada parcela de hierba: lleva un vestido violeta, el pelo recogido sobre la cabeza, una estola de piel sobre los hombros, atada por delante, y una antorcha en la mano. El plateado de la estola emite destellos blancos en la oscuridad. Visto desde el balcón, parece como si los zapatos saliesen directamente de debajo de la prenda de piel.

—Eres la excepción de mi vida —oigo que me dice—. Me sentía bien contigo, pero sabía que no duraría para siempre.

Yo me quedo pensativa.

—¿Esto tiene algo que ver con que tengáis el mismo nombre? Flóki no es un nombre corriente.

—No, Flóki no es un nombre corriente.

Calle abajo hay una zona sin habitar que se extiende hasta la orilla del mar, y a continuación, el océano ondeante y negro. Me giro sobre los talones con la copa de champán en la mano, abro la puerta de fuera, salgo a la noche y echo a correr por la calle, que está terriblemente resbaladiza, atravesando las nubes de humo de la pólvora. Nunca ha habido tantos soles al mismo tiempo en el aire bajo la negra bóveda celeste. Nuestros vecinos se han reunido alrededor de una hoguera en la playa y mis ojos vagan por el grupo. Allí está Perla: un tanto apartada y destacando entre el resto, con un vestido que le llega hasta los pies bajo un abrigo rojo; los niños se apiñan junto a ella, más interesados en la enana que en la fogata. Yo llevo un vestido sin mangas que deja mis brazos al descubierto, y el joven que alquila una habitación en el semisótano al otro lado del seto de grosellas rojas, y que nos ha ayudado dos veces cuidando del gato, no es el único que se fija en mí. Me abro camino hacia la hoguera tropezando entre la gente con la copa en una mano, me cuelo de soslayo entre una aglomeración de anoraks de plumas, abrigos de lana y gorros de piel, hasta donde el grupo es más apretado, hasta que he llegado tan cerca que puedo sentir el calor en el rostro y el humo acre en los ojos. No me importa en absoluto llevar zapatos de tacón alto y sentir las agujas del hielo igual que cristales rotos en la punta de los pies.

Mi marido sigue mis huellas blancas y surge del humo y de la oscuridad en mangas de camisa. Siento su respiración junto a mi oreja y la oigo más acelerada de

lo normal. Ha traído mi abrigo y me lo pone sobre los hombros.

—Ven —me dice—, vas a coger frío.

—No sabía que iba a ser la última vez.

Me doy cuenta de que la gente nos observa.

—¿La última vez de qué?

—Que íbamos a dormir juntos. No sabía que ayer iba a ser la última noche. Me habría gustado saber que iba a ser la última.

—No hay problema —dice él—; entonces, vámonos mejor a casa.

Camina delante de mí a pasos rápidos y lo veo desaparecer por la puerta abierta. Lo sigo escaleras arriba hasta el dormitorio. Deja caer la persiana veneciana sobre el marco de la ventana como si fuese la hoja sangrienta de una guillotina lacada en blanco, y ya ha empezado a quitarse la ropa cuando entro en la habitación.

—No prometo que vaya a ser bueno. Me están esperando, no tengo mucho tiempo.

No me dice: «Vamos a morirnos juntos mientras el mundo se va a pique».

Después, permanece un momento sin moverse, como si estuviese conteniendo la respiración sobre la sábana arrugada, con los labios justo tocando mi omóplato. Luego inspira profundamente y siento su cálido aliento en el cuello; a lo mejor se ha dormido, a lo mejor está demasiado cansado como para salir del armario. De repente aparta la mano, se tiende sobre la espalda y se queda mirando al techo. Acto seguido se levanta y se sienta sin dirigirme la vista mientras se sube los pantalones.

—Ésta ha sido la última vez —le oigo decir—. Ahora ya lo sabes.

Permanece de pie bajo la luz que ilumina el vano de la puerta del dormitorio y veo que se ha puesto una camisa violeta en lugar de la blanca. Pesco el edredón del suelo y me cubro con él hasta la barbilla.

—¿Desde cuándo te interesan los hombres?

—Antes de conocerte a ti me iban más que las mujeres, aunque no me importaba probar a estar con alguna. La primera vez, sin duda, es un umbral que hay que cruzar, pero luego uno ya conoce su camino. No me imaginaba que fuera a enamorarme.

—Pero tú querías tener hijos.

—Sí, para no morir con esa espina —dice él—. Tenía ganas de ser padre.

Abrocha los últimos botones de su camisa y se pasa la mano por el pelo.

—Perdona que no haya logrado seguir amándote el resto de nuestras vidas. Me mudo a casa de Flóki —añade mientras se desliza por la puerta.

Poco después, oigo que cierra de golpe la de fuera.

El reloj da las tres y cae una calma sepulcral, igual que después de que una borrasca profunda haya atravesado la isla. Cuatro horas después de haberlo acostado, el niño viene arrastrándose hasta mi lado con su león de peluche; su hermana llega justo detrás. Oigo ruidos en el semisótano y sé que Perla está levantada. Me pongo un jersey grueso sobre el vestido verde botella y extiendo el edredón para arropar a los niños. Luego voy a buscar la botella de champán, que no está ni mediada, y la fuente con el tiramisú de la nevera, y abro la puerta en la noche azulada. Fuera hay una calma siniestra y no se ve ni un alma en esta neblina que levita como un humo azul sobre la calle. Después de las incesantes explosiones de las últimas horas, la fogata se ha apagado y la gente se ha ido a casa a dormir. Echo un vistazo a mi alrededor en busca de un gato doméstico a medio crecer mientras bajo a tientas las resbaladizas escaleras; no me equivocaba, hay luz en casa de nuestra vecina. El nombre de la propietaria, acompañado de su profesión, está inscrito en una placa dorada en la puerta: «Perla D. Sigríðardóttir, Dra. en Psicoanálisis, consejera familiar y matrimonial». Al lado de la placa, escrita a toda prisa con bolígrafo rojo y letra pequeña, ha añadido una nota de su propio puño: «escritora».

Nuestra vecina del semisótano apareció de repente hace dos años, tras una larga estancia en el extranjero. Una noche, cuando íbamos a salir, vimos a través de la ventana a una persona de poco más de un metro dentro del piso, subida a unas escaleras de aluminio, pintando de rosa las alacenas de la cocina. A pesar de que de un modo u otro

notamos su presencia a diario, hay algo sobre su situación económica y especialmente sobre su extenso pasado en el extranjero que sigue resultando un misterio. Ella, no obstante, afirma que podemos estar seguros de que no ha trabajado en ningún circo. Perla nos ha dicho que trabaja en casa y que se pasa las jornadas entre las labores de consultora por el día y el empleo de escritora por la noche, y que necesita dormir increíblemente poco. Aunque hable de pacientes, no notamos ningún movimiento de gente en el semisótano; por lo que hemos llegado a saber, está especializada en consejería matrimonial por escrito, a través del ordenador.

—Les viene bien a los que no se ven capaces de sentarse durante una hora entera con su pareja en la misma habitación —asegura.

Y como tampoco hemos encontrado su nombre en ningún título publicado, Flóki y yo también le hemos dado vueltas al tipo de trabajo literario al que se dedicará nuestra vecina. Alguna vez le hemos soltado alguna pregunta al respecto y ella nos ha contado que divide el tiempo que dedica a escribir en dos partes: los escritos académicos y los textos literarios. La razón por la que no hemos localizado libros suyos en las tiendas es porque no escribe bajo su propio nombre, sino para un conocido escritor de novela policíaca; por otra parte, no puede revelar demasiado ya que se encuentra atada por la confidencialidad.

Llamo al timbre.

La consejera familiar abre la puerta; lleva puesta una bata con dragones entrelazados, tiene el pelo rubio y recogido en un gran moño en lo alto de la coronilla.

—Esta tarde os oí descorchar una botella y me pareció extraño que no me hubieseis invitado a subir igual que el año pasado —es lo primero que dice.

La sigo hasta la cocina con la botella y la fuente. Muy rara vez he bajado a su apartamento; sin embargo, ella sube muy a menudo a nuestra casa para pedir algo

prestado; la última vez, hoy, una bombilla de cuarenta vatios e hilo de coser rojo para asegurar un botón de un abrigo. Anteayer llamó a la puerta para tomar prestado un destornillador y, un poco más tarde, tornillos. Cuando subió por tercera vez para pedir el taladro, Flóki bajó con ella y fijó un estante para los libros de interpretación de los sueños.

Aunque nuestra vecina nos haya comentado en repetidas ocasiones que no le van mucho los niños, dos o tres noches se ha quedado cuidando de nuestros hijos cuando la niñera nos ha fallado en el último momento. En esos casos nos ocupamos de que los pequeños ya estén en pijama y a poder ser durmiendo antes de salir nosotros de casa. Dejamos también un plato en la mesa, comida, una botella de vino tinto y un sacacorchos, y ella viene con su propia película de terror en su estuche, dice que debido a su trabajo tiene que verla por fuerza y tomar notas. La última vez, Flóki tuvo que ayudarla a bajar las escaleras porque le daba miedo la oscuridad, pero la razón principal era que se había bebido la botella entera.

—He cometido tantos crímenes en el ordenador que ya difícilmente me atrevo a salir después de que oscurezca —dice ella.

Pongo la fuente de tiramisú en la mesa de la cocina y Perla coge platos y vasos. Se corta una ración bien abundante, pero yo no tengo ganas de postre. Miro a mi alrededor: me da que no se cocina mucho en este semisótano, ya que Perla nos ha confesado que sus conocimientos culinarios se reducen a freír huevos y beicon.

—No he podido evitar fijarme en que esta noche estabas conmocionada —me dice—, por la calle nevada con un vestido de gala escotado, los hombros descubiertos y diez centímetros de tacón de aguja. Tampoco he podido evitar reparar en que Flóki se ha ido esta noche, que ha venido a buscarle un hombre en un *jeep* oscuro hace tres cuartos de hora.

Antes de darme cuenta, ya le he contado a la consejera matrimonial que el que ha sido mi marido durante once años me ha dejado por un hombre.

—Dice que está enamorado.

Perla se mete la cuchara en la boca.

—No entiendo cómo ha podido pasar algo así: yo era una mujer felizmente casada y madre de dos hijos, Flóki era mi mejor amigo, siempre me decía algo bonito, podía hablar con él sobre los proyectos de ayuda humanitaria, él cocinaba y lavaba los platos, andaba de un lado para otro con los niños en brazos por la noche cuando estaban echando los dientes, los bañaba, les ponía el pijama, jugaba con ellos, lloró cuando nacieron, se acordaba de todas las fechas importantes y salió con los mellizos el domingo pasado por la mañana para que yo pudiese dormir y volvió a casa con panecillos de comino recién horneados de la panadería, me regaló diez rosas rojas anteayer... No, no sospechaba nada, es el hombre más guapo que he visto, el resto empalidece a su lado, a lo mejor son buenos padres pero no son además buenos amantes. No, nunca más podré amar a nadie.

Bajo la cabeza y escondo mi rostro entre las manos.

—A pesar de que yo no he estado en el escenario del crimen, por así llamarlo, había muchos indicios de que se trataba de un matrimonio modélico. Parecíais un matrimonio muy bien avenido, una de las parejas más estupendas de la calle. Al menos del lado de los números impares.

—Flóki era un padre magnífico.

—Y seguramente seguirá siéndolo.

—Nunca nos peleábamos.

—No, nunca se ha notado ningún conflicto al otro lado de estas cuatro paredes, como se suele decir —comenta mientras bebe de su copa—. Incluso para una especialista en relaciones sentimentales en riesgo era difícil percibir algún signo ominoso en el aire. No se podía ver nada más que la llama de la pasión crepitando en el piso de arriba.

Se vuelve a servir en la copa.

—De ser ésta una entrevista formal, no bebería nunca —dice la especialista.

—Tienen el mismo nombre —digo.

—Sí, es difícil encontrarle un sentido.

—Es un amigo suyo, el otro Flóki; hoy ha cenado con nosotros.

Al pensar mejor sobre esta noche, recuerdo ahora que mi marido no tenía mucha hambre, al contrario que el invitado. De pronto su compañero de trabajo tuvo que marcharse y se me ocurrió que en su lugar podríamos llamar a Perla para que subiese a tomar el postre, pero no me acuerdo de si lo mencioné o no. Ahora que lo pienso, creo que no probé el rosado cuando mi marido me anunció que iba a tomar las riendas de su propia vida, ¿lo hice o no lo hice? ¿Es posible que yo estuviese bebiendo champán mientras mi mundo se tambaleaba hasta derrumbarse y nuestros once años de matrimonio se hacían añicos en la negra bóveda celeste y se desperdigaban por el universo, un instante de espectáculo y luego la nada? ¿Es posible que me pusiera un vestido escotado y permaneciese junto al abeto completamente decorado bebiendo de mi copa mientras en el cielo ardía una guerra, con las llamas de una hoguera justo ante mis ojos desde la ventana del salón, a cien metros de nuestra casa, igual que el resplandor de una guerra civil o de un desastre natural? Ahora me parece que el invitado no se había ido, sino que los dos Flóki estaban en el salón cuando brindamos con el champán rosado y nos deseamos los unos a los otros un feliz año nuevo bajo aquellos pequeños soles que caían del cielo.

Perla se sirve por tercera vez de la fuente. Me fijo en que en la ventana de la cocina hay una serie de luces de Navidad con bombillitas rojas.

—Si se tratase de una mujer, podría luchar por él —acabo diciendo.

Yo rechazo tomar más champán, pero Perla se sirve en la copa y se arregla una horquilla del pelo.

—Sí, pero luego surge este problema de la tendencia sexual, que es de otra naturaleza. Éste es uno de esos casos en los que no importa nada de lo que tú hayas hecho o dejado de hacer.

Cierro los ojos y me parece oír un maullido débil fuera, en la oscuridad.

—Por otra parte —prosigue la especialista—, yo no estaría a la altura de mi trabajo si dijese que las tendencias sexuales de Flóki me han pillado completamente por sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Ya que me pones entre la espada y la pared, me viene el recuerdo de que alguna vez resulta que miré por la ventana de la cocina y vi a Flóki y su compañero de trabajo charlando en la entrada del garaje. No es que ahora me acuerde de lo que hablaban, porque la ventana estaba cerrada, pero me sorprendió ver que su amigo le arreglaba el cuello de la chaqueta a tu Flóki mientras charlaban. Lo primero que le pregunto a un paciente cuando se despierta en él la sospecha de una infidelidad es si ha notado recientemente que alguien le haya quitado alguna mota de polvo del hombro a su pareja. Se trata de un indicio infalible de que alguien ha empezado a ocuparse de él. Es obvio, la gente no anda toqueteando el cuello de un colega suyo junto a la pared de la casa a no ser que haya algo más detrás.

Empiezo a sentirme mareada y los muebles rosa de la cocina comienzan a moverse como en pleno oleaje.

—Y además, está el coche.

—¿Qué coche?

Perla dice que ha visto un *jeep* oscuro cruzando por delante de la casa a paso de tortuga las últimas semanas, por la tarde y por la mañana. De hecho, juraría que se trataba exactamente del mismo coche que ha recogido a Flóki esta noche.

—Cuando uno se mueve en el mundo de las novelas criminales, desarrolla una atención especial por los patrones que se repiten. Hay muchísima gente que espía a sus vecinos sin que éstos lo sepan. Quieren ver dónde viven, dónde leen, dónde lavan los platos.

Perla se sirve lo que queda de la botella en su copa.

—Llevamos casados once años. Flóki era el hombre de mi vida.

—Sí, once años es una buena temporada. Un matrimonio no es necesariamente desafortunado porque no dure hasta la sepultura. La duración de una relación no ha de ser en absoluto un criterio para medir su calidad. Los recuerdos de un amor fugaz pueden ser muy hermosos, igual que los fuegos artificiales o las chiribitas alzándose al vuelo.

Se pone en pie. La observo mientras abre el grifo, desplaza la escalera y sube con un vaso en la mano para regar una planta en la ventana de la cocina. Se gira dándome la espalda mientras se ocupa de un tallo verde y débil que sobresale un poco por el borde la maceta.

—Es una menta —oigo que me dice—. Le han salido dos hojas al tallo y otras dos están despuntando, así que la próxima vez te invito a un té de menta. Desde que me he comprado las lucecillas rojas, a la planta le va mejor; es el único modo de cultivar plantas comestibles en el país de la noche perpetua.

Me explica que esta serie de luces tiene dos funciones de encendido, que le permiten tanto alumbrar como parpadear.

Así alumbra.

Y así parpadea.

—Cuando parpadea quiere decir que estoy en una reunión urgente con mi escritor de novela policíaca.

Veo copos de nieve negros en los ojos y siento un zumbido en los oídos y no me extrañaría que esté a punto de desmayarme. Luego pienso que los niños podrían des-

pertarse, a la niña se le podría ocurrir ponerse las botas y salir corriendo a la nieve para buscar a su madre, vagar por ahí en pijama bajo la luna gélida.

Me pongo de pie.

—¿Tendría algún sentido para nosotros ir a un consejero matrimonial? Quiero decir, ¿los dos juntos?

—Me parece que Flóki ya ha tomado una decisión —ella vacila—. Además, mi experiencia me dice que un matrimonio no acude a un consejero matrimonial si no es porque previamente alguno de ellos ya ha decidido divorciarse, es una formalidad teatral para apaciguar los remordimientos de conciencia del que se va. Normalmente, no se apagan los teléfonos móviles mientras tanto.

Le digo a Perla que le dejo la fuente.

—Supongo que no tendrás demasiada hambre los próximos días, y sería un pecado dejar que esto se estropease —dice, y abre la nevera e introduce el recipiente en su interior, que por lo demás parece vacío.

Perla quiere que suba a través de la lavandería común del edificio y me acompaña hasta allí. Dice que se ha cansado de las novelas policíacas y que está considerando emprender el vuelo y publicar bajo su propio nombre, después de haber sido una pluma de alquiler durante casi una década.

—Ser escritora ya es una actividad suficientemente arriesgada aunque una no esté matando gente.

Dice que de hecho ya ha empezado a trabajar en un libro. Así que ahora todavía necesita dividir su tiempo en dos y calcula que tendrá una octava parte del día para el libro nuevo. Aunque eso de tener más de un proyecto artístico en marcha complica aún más las cosas. Dice que se da cuenta de que puede sonar extraño, pero que el tercer capítulo de la novela en la que está trabajando —y que será el primer libro que escriba bajo su propio nombre— se asemeja inquietantemente al trance que la vecina del piso de arriba está atravesando en estos momentos. Ade-

más de la simpática casualidad de que también está ocupada en una guía de matrimonio, cuyo contenido, poco común y osado, considera que acabará despertando bastante atención.

No soy capaz de darle las buenas noches sin hacerle antes la pregunta que me quema en mi interior.

—¿Qué dice de mí como persona el hecho de que no me hubiese enterado de nada?

—Nada.

Perla recoge del suelo dos pinzas de la ropa.

—¿Qué dice de mí como mujer no haberme dado cuenta de que mi marido era homosexual?

—Nada.

Las cuerdas de tender están llenas de ropa. Hace dos días que tendí la colada y aunque la tenga delante de las narices no la recojo para llevármela conmigo arriba. Perla se apoya sobre la lavadora y alza la vista mirando a los cordeles.

—Pues aunque la escritora no tenga una visión general de lo que sucede a puerta cerrada y a solas en un dormitorio, diversos indicios externos, como la cara lencería de seda en hermosos colores, hacían suponer que a la vida marital del piso de arriba no le faltaba en absoluto variedad.

Sobre la autora

Auður Ava Ólafsdóttir (Reikiavik, 1958) es autora de varias obras entre las que destacan las novelas *La mujer es una isla* (Alfaguara, 2012), con la que obtuvo el Premio de Literatura de la ciudad de Reikiavik y que fue nominada al Premio Menningarverðlaun DV de literatura, y *Rosa candida* (Alfaguara, 2011), traducida con gran éxito a veinte idiomas y galardonada con el Premio Fjöruverðlaun por «el atractivo de sus múltiples capas de significado y su creación de un nuevo paradigma masculino», el Menningarverðlaun DV de literatura, el Prix des Amis du Scribe, el Premio Page des Libraires, el Premio de los Libreros de Quebec a la mejor novela extranjera y el Prix du Roman Venu d’Ailleurs. También fue finalista del Premio Fémina Étranger, del Premio de Literatura del Consejo Nórdico, del Gran Premio de las Lectoras de *Elle*, del Premio de la revista *Lire* y del Premio FNAC de Francia. *La excepción* (2012) ha sido considerada por la crítica y los lectores islandeses como su mejor novela.